

## ECOS DE UNA CONVIVENCIA

En el marco incomparable del Desierto de las Palmas, un año más (el tercero) nos hemos reunido diecinueve hermanas de diferentes comunidades, pertenecientes a la Federación Aragón-Valencia.

El tema propuesto para la convivencia “Educarnos para el cambio” resonaba con fuerza en mi interior, así como en quienes tuvimos el gozo de participar en la misma.

Dos palabras plenas de sentido, de vida, de dinamismo, constituían la brújula, el motor que nos invitaban a ponernos en marcha: **educarnos** para el **cambio**.

**Educar** me invita a dejarme interpelar, escuchar y acoger, dejarme afectar por personas y acontecimientos que tocan mi vida, que no me dejan indiferente. Y siempre en camino, en proceso. Como apunta Edith Stein: “individuo y comunidad no son algo acabado, están siempre haciéndose, en vía de desarrollo.” (Fundamentos teóricos de la labor de formación).

**Cambio** me habla de provisionalidad, de apertura a lo diferente, derribar murallas y establecer puentes, de desinstalarme de tantas y tantas seguridades en las que sin darme cuenta me he ido apoyando y que me adormecen porque me instalan en un confort acomodaticio, elaborado “a la carta”.

Las pistas por las que discurrimos estos tres días han sido variadas, pero todas ellas tenían un denominador común: generar en cada una de nosotras un estímulo en ese proceso de reeducar la vida, la persona que soy llamada a ser en plenitud, configurándome cada vez más a ese Jesús que “me amó y se entregó por mí” (Ga 2, 20).

Nos decía Juan Ignacio que nos propusiésemos un pequeño objetivo, aquello que realmente fuéramos capaces de poner en marcha desde nuestro “yo” más profundo.

En mi grupo de reflexión, apuntamos a ese deseo de la Santa de “hacernos espaldas unas a otras” (V 7, 22). ¡Casi nada!, parece imposible. Quizá haya que “descentrarse”, “descolocarse” para seguir tejiendo relaciones sanas, valiosas por su veracidad y fraternidad.

Y ahora quisiera compartir un acontecimiento que me llenó de gratitud y gozo profundo. Celebrar el día de mi santo y cumpleaños (4 de octubre) en plena convivencia fue todo un regalo. Verme rodeada del cariño, la atención, los detalles de cada hermana, de Juan Ignacio, de las hermanas del Centro de espiritualidad constituyó una experiencia hermosa, enriquecedora, que no hacía sino hablarme de la bondad del Señor manifestada y expresada en cada hermana. A cuantas compartisteis conmigo ese día y a todas las que me felicistais y rezasteis por mí, no puedo sino daros las gracias de nuevo (¿os suena?), por vuestro cariño y amistad. Las palabras no aciertan a expresar lo que alberga mi corazón, solo puedo decir: ¡¡¡GRACIAS!!!

Paqui Sellés (Puzol)